

PATRIA Y PUEBLO

SOCIALISTAS DE LA IZQUIERDA NACIONAL

● NRO. 80 - AÑO 20 - OCT. 2025 - \$1000

EN 2025 COMO EN 1945

FUERZA  **PATRIA**

O LA

EMBAJADA YANQUI



INCLUYE DOSIER: EL VERTICALISMO Y LA RECONSTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO NACIONAL

Editorial

OCTUBRE DEFINE SI LA ARGENTINA ES UN PAÍS O UNA COLONIA



El gobierno de Javier Milei encaró el año electoral confiando en que su plan económico estaba funcionando. Exhibía a los préstamos del FMI y al blanqueo de capitales logrado a principios de este 2025 (sin mencionar al aplastamiento de los sueldos, la paralización de la obra pública y la retención de fondos a los gobiernos provinciales) como las causas de la inflación en ritmo lento y del precio relativamente estabilizado del dólar.

Sin embargo, no acalló por completo a las resistencias, como los reclamos por aumentos salariales a los jubilados, el sostenimiento de la atención médica a personas con discapacidades y la defensa de los presupuestos universitario y del Garrahan. Además, las bancadas consecuentemente opositoras contuvieron, hasta donde les fue posible, el daño causado por las leyes del oficialismo.

● Los resultados electorales

Los comicios locales desdoblados arrojaron tendencias tales como un alza de la abstención, un hilo de derrotas del peronismo (excepto en Formosa, en Misiones, y en la Ciudad de Buenos Aires, donde el peronismo porteño y sus aliados se convirtieron en la primera minoría de la Legislatura), una cosecha de votos para los libertarios que nunca superó el 30% (salvo en el Chaco, alianza con la UCR mediante); y la implosión del PRO en todos los distritos por indicación de Mauricio Macri, que fomentó la integración en La Libertad Avanza.

En Buenos Aires se formalizó el matrimonio de hecho entre macristas y mileistas, confluencia que en el ballottage presidencial le valió a Milei el triunfo en el interior provincial. El laberinto del peronismo y sus luchas internas parecían allanar el camino del gobierno hacia un buen resultado en la elección local bonaerense, última antes de la nacional.

Pero el 7 de septiembre se produjo el cimbronazo. El aplastante triunfo de Fuerza Patria asestó un golpe que, sin llegar a ser de *knock-out*, dejó tambaleando al oficialismo, el cual había decidido nacionalizar la elección provincial. La táctica de Axel Kicillof de desdoblar los comicios prevaleció, incluso contra la cerrada oposición que recibió por parte del sector que responde a Cristina Fernández de Kirchner (cuyo verticalismo tantos apoyos restó -empezando por la desgraciada ruptura con la CGT en 2012, usando como herramienta el impuesto a las ganancias aplicado a amplias franjas de sectores asalariados-).

El gobernador consiguió, gracias a una flexibilidad (acompañada, nobleza obliga, por una decisión de todas las

partes del frente de privilegiar la unidad en el armado) que permitió la autonomía de los cuadros políticos medios (en vez de someterlos a la orden del “dedo providencial” que elige los candidatos y los integrantes de las listas), y articular con intendentes, referentes sindicales y representantes de movimientos sociales para triunfar no solo en los tradicionales bastiones peronistas del conurbano bonaerense sino para recuperar el voto de la mayoría de los partidos del interior provincial. No se trató simplemente de congraciarse con el voto del campo, sino también de captar el de los sectores de clase media y baja de las ciudades provinciales a los que el aplastamiento de los sueldos y la recesión los afectan tanto como a los de las grandes concentraciones urbanas. Así, emergió como el gran ganador de la jornada, tanto en el plano interno del movimiento como en el de la política nacional.

De yapa, provocó un temblor político tal que el Congreso rechazó el veto al financiamiento universitario y a la declaración de la emergencia en el área de atención médica a los pacientes con discapacidades, incluso con el voto de legisladores que responden a gobernadores que previamente habían acompañado iniciativas del presidente.

Milei respondió con una baja de retenciones a cero que no fue tal puesto que, tras dos días en los que las grandes firmas exportadoras declararon operaciones por valor de siete mil millones de dólares, volvieron a imponerse sin que ningún productor mediano o chico haya disfrutado el beneficio impositivo; y con la obtención de una supuesta ayuda millonaria proveniente de Estados Unidos que en realidad se trata de un préstamo político para sostener al gobierno hasta la elección de octubre (ni siquiera hasta las presidenciales) y que además viene con exigencias como reducir todo lo posible la relación económica con China. Es decir que, además del endeudamiento, exige que la Argentina pierda su derecho a una política exterior independiente, al estilo de un protectorado.

● El cambio de inclinaciones

Pero cabe plantearse algunas preguntas a fin de no caer en el exitismo. ¿El resultado de la elección se trata de un arrepentimiento general de los votantes, que ahora vuelven a los brazos del peronismo como si pidieran disculpas por su “error” de 2023? ¿Se trata una confluencia de adhesión y voluntades ganadas? ¿O entrará también en la ecuación un rechazo, que no implica necesariamente a las otras dos posibilidades, contra el plan económico?

La periodista Eugenia Rodríguez, en un análisis publicado el 11 de septiembre en el portal El Destape (“¿Voto económico?: cómo el deterioro de la clase media incidió en el apoyo al peronismo bonaerense”), indica que “Si bien el apoyo a la fuerza referenciada en PBA con el actual gobernador Axel Kicillof se incrementó poco en municipios más “ricos” (como Vicente López y San Isidro) y en otros más “pobres” (como José C. Paz o Florencio Varela) creció mucho en los de niveles intermedios de pobreza estructural”.

Mientras que la analista Antonella Jaime observó, (“Historias cortas sobre la elección bonaerense”, publicado el 9 de septiembre en la revista digital Panamá), que “Muchos de





los pibes que en 2023 agitaban banderas libertarias esta vez se quedaron en casa y engrosaron el ausentismo. La bronca con la economía se transformó en desilusión con la política. [...] Lo que en 2023 parecía una “nueva derecha populista” se fue desarmando. La Libertad Avanza pasó de decir que ‘los políticos no viajan en colectivo’ a repetir siempre lo mismo: ‘kuka’, ‘Nisman’, ‘CFK’ [...] Se quedaron sin rebeldía ni novedad y se redujeron a un macrismo de malos modales, sin épica y sin futuro.”

● Cómo seguir

Por lo tanto, puede decirse que la victoria del peronismo es un avance importante, pero todavía falta camino por recorrer. Los artículos citados marcan que hay terreno fértil para ganar voluntades y recuperar adhesiones perdidas: el empobrecimiento de la clase media la lleva a rechazar el plan del gobierno actual, los efectos del mismo le restan el apoyo de la juventud de clase media baja que tanto lo ayudaron en el 2023, y el empresariado rural chacarero comprueba en carne propia el carácter estafador del plan libertario, lo cual debería hacerlo más impopular en el “campo”. Pero el rechazo a no termina de traducirse en adhesión, y no debe dejar de observarse que en Mar del Plata y Bahía Blanca el peronismo fue derrotado por más de diez puntos de ventaja.

Asimismo, el establishment empieza a percibir que el engaño que pudo lograr a través de Milei se desbarata, no solo por los efectos que traen la aplicación de su plan de gobierno en la vida de los argentinos, sino porque quedó en evidencia, a partir del escándalo de coimas protagonizado por Karina Milei y los vínculos con el narcotráfico del renunciado candidato, José Luis Espert, que la prédica moralista contra la corrupción del movimiento nacional era hipocresía, y que la inflexibilidad del presidente corre el riesgo de llevar a un estallido social cuyos resultados son impredecibles.

Así, crece la crítica en los medios concentrados de comunicación que lo apoyaron para llegar al poder y emerge el sello “Provincias Unidas”, confluencia de gobernadores que, tras apoyar a Milei en su primer año de gobierno ahora pretenden desentenderse de él por su excesivo “centralismo”, invocando un federalismo localista que omite una verdadera oposición al plan neoliberal de destrucción de la Argentina pero que lo aplicaría de manera “razonable”.

Para lograr que los compatriotas voten en el futuro por la esperanza que ofrezca el campo nacional, deben consolidarse los puntos que Kicillof marcó en su discurso de victoria: demostrar que hay un camino diferente al que se viene recorriendo de la mano de Milei, y seguir articulando con la mayor cantidad de fuerzas políticas posibles, no solo las que pertenecen al movimiento peronista. Desde Patria y Pueblo nos permitimos agregar que es necesario avanzar en la discusión de un programa que ponga fin a la llamada “alternancia” (que asegura la perpetuidad del orden decadente actual), impida la restauración oligárquica y haga ingresar al país en una nueva época histórica.

El primer paso es triunfar en esta elección, donde ya no se trata solo de contener a Milei y a la locura libertaria, sino (una vez más) de elegir entre ser un país con destino propio o, como lo demuestran las “promesas” de Donald Trump, una miserable semicolonía.



PARA DEFENDER AL PAÍS, DEFENDAMOS TIERRA DEL FUEGO

por Hugo A. Santos

Gracias al alineamiento incondicional de Javier Milei con los EE.UU, la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, se ha transformado en el centro geopolítico de las concesiones que en esta materia está dispuesto a entregar nuestro patético presidente.

Las visitas de la generala Laura Richardson y del almirante Alvin Holsey dejaron en claro las pretensiones de co-administrar la base naval argentina en Ushuaia o, directamente, de construir una base propia, apta para submarinos nucleares. Por el momento son sólo proyectos, pero cuando el río suena...

Vuelve a quedar en evidencia el componente geopolítico de la importancia que tiene la provincia para nuestro país. Por esta razón los debates en torno a la Ley 19640 (que regula el régimen económico y fiscal especial provincial) son atentatorios a las necesidades soberanas. Una Tierra del Fuego con pocos habitantes no sólo es el sueño de algunos sectores de la población local con intereses económicos centrados en ciertos recursos "compatibles" con el "cuidado del medio ambiente" que pregonan, sino también de Gran Bretaña y EE.UU.

Es en ese marco internacional, de fuerte incidencia en la suerte de nuestra provincia, en el que se van a realizar las elecciones a Senadores y Diputados Nacionales. El campo nacional y popular irá dividido en dos expresiones: por un lado "Defendamos Tierra del Fuego", que cuenta con el respaldo del intendente de Río Grande, Martín Pérez y del intendente de Tolhuin, Daniel Harrington; y por el otro, el sello "Fuerza Patria" impulsado por el gobernador Gustavo Melella y el intendente de Ushuaia, Walter Vuoto.

Aunque muchos quieren utilizar el ejemplo de provincia de Buenos Aires, no hay comparación posible. Ni en incidencia cuantitativa, ni en términos de la disputa. En Tierra del Fuego, los términos de la comparación deben darse en base a la *gestión*. Y ahí las diferencias favorecen a "Defendamos Tierra del Fuego". La gestión de los intendentes Pérez y Harrington, con pocos recursos disponibles en el marco de un gobierno nacional que ha recortado las partidas correspondientes a las provincias, ha sido más exitosa en el norte de la Provincia.

No se puede evitar mencionar un elemento que ha sido un factor "extra" en la decadente imagen del gobierno provincial. Hablamos del proyecto de reforma constitucional elevado por el gobernador Melella, con el único objetivo de lograr su tercer mandato. Llevar a cabo la reforma constitucional, en los términos que pretendía hacerlo, era entregar en bandeja de plata a los libertarios el remanido argumento de la "casta" y su perpetuación en el poder.

El intendente Vuoto -el dirigente más cercano a Cristina y Máximo Kirchner- presenta una gestión municipal que deja mucho que desear. También él realizó una reforma de la Carta Orgánica del municipio para lograr un tercer mandato, que está cumpliendo actualmente. Problemas con el tránsito en invierno; atención social deficiente; problemas en la adjudicación de tierras; acciones grandilocuentes en CABA que no se condicen con la crítica situación actual. Todo esto contribuye al rechazo que su gestión despierta en los vecinos de Ushuaia.

Estas son las razones por las que Patria y Pueblo TDF decidió respaldar el frente "**Defendamos Tierra del Fuego**", integrado por varios partidos políticos, organizaciones gremiales y movimientos sociales. Nos decidimos por acompañar a aquellos que han demostrado una permanente preocupación por las necesidades de los sectores más vulnerables de nuestra provincia, y para quienes la defensa de nuestra soberanía es un punto de importancia en la acción de gobierno, apoyada en el sostenimiento de la producción industrial de la Provincia y en proyectos que buscan alentar el desarrollo y la diversificación productiva de Tierra del Fuego.





MILEI Y UNA NUEVA ESTAFA

por Jacinto R. Paz



El 22 de septiembre, el decreto 682/2025 eliminó las retenciones agropecuarias hasta el 31 de octubre. La soja y derivados, que pagaban un 26% de impuestos, y los cereales, un 9,5%, pasaron a 0%. Además, la Secretaría de Agricultura Ganadería y Pesca dictó, al día siguiente, la resolución 184/2025, otorgando un año para embarcar los productos, y la 185/2025 estableciendo que las declaraciones juradas anteriores al 23 de septiembre que no fueron embarcadas también se beneficiaban con 0% de retenciones hasta alcanzar el techo de 7 millones (mill.) de dólares. Pero el 24 de septiembre, a las 21, se dictó la Circular 1/2025 cerrando el beneficio de retenciones 0% porque se alcanzó el techo establecido. Con estas medidas, desde el Estado Nacional se transfirieron 1.500 mill. de dólares a las grandes empresas agroexportadoras, en violación de la Ley 26.351 (Ley Martínez Raymonda, aprobada el 10 de diciembre de 2007) que les exige acreditar la adquisición de los productos mediante la documentación de liquidación primaria de granos.

Mientras se paralizan inversiones para obras públicas en infraestructura, salud y educación, se achica la planta de empleados del Estado (también en las áreas vinculadas a la producción agropecuaria y pesquera), se venden propiedades del INTA y se quiere reprivatizar AySA con el verso de bajar el déficit fiscal, esta estafa se concretó con la declaración de ventas al exterior de 19.500.000 toneladas de granos por un valor de 7.053 mill. de dólares. ¿El resultado? Las empresas compraron los granos descontando las retenciones a los productores pero no pagarán retenciones al Estado. Las principales beneficiadas (en dólares) son CARGIL (por 1.340 mill.), Luís Dreyfus Commodities (1.077 mill.), Aceitera General Dehesa (886 mill.), Bunge (819 mill.), Cofco (778 mill.), Molinos Agro (672 mill.), Viterro (575 mill.), y otros como Archer, Daniels, Midland, CHS, ACA, y Amagi se beneficiaron por 905 mill. de dólares.

Milei buscará seguir destruyendo al Estado y a los argentinos hasta el fin de su mandato. Si no lo logra, será gracias a la resistencia popular, a través de sus representantes políticos, sus organizaciones sindicales y sociales. Sin ello, dejará para un eventual gobierno de signo nacional un país en ruina y, una vez más, él y sus socios neoliberales buscarán responsabilizarnos del rumbo de la economía argentina. Lavándose las manos e intentando llevar a cabo una nueva estafa electoral que los devuelva al poder, para empezar otro ciclo de destrucción y endeudamiento.

Desde Patria y Pueblo convocamos a militar y votar a **Fuerza Patria** para frenar este proyecto antinacional y comenzar a recorrer el camino para la reconstrucción nacional. Esta reconstrucción implica, entre otras cosas, tener presente que no se puede seguir en un ciclo de alternancia entre quienes intentan construir una Argentina para todos y quienes la usan en beneficio de potencias extranjeras que deprimen constantemente el nivel de vida de los argentinos y para aquellos que en el camino perpetran estafas como esta. ¡Y después dan clases de moralidad republicana!



RECORDANDO A SPILIMBERGO

El 4 de septiembre pasado, se cumplió un nuevo aniversario de la muerte de **Jorge Enea Spilimbergo**, uno de los grandes revolucionarios de América Latina. Lo queremos recordar, en esta ocasión, exponiendo sus ideas sobre el socialismo y su devenir histórico en nuestro país, resumiendo las ideas desarrolladas en su libro **El Socialismo en la Argentina**, editado por la Editorial Publicaciones del Sur.

La obra de Spilimbergo, concebida desde la **urgencia de construir un partido obrero revolucionario en Argentina**, se sumerge en una profunda crítica del **socialismo cipayo**, corriente que, a su juicio, históricamente ha desviado la lucha de clases de sus verdaderos propósitos nacionales.

El corazón de la crítica reside en la **visión eurocentrista y desarraigada de Juan B. Justo**, figura seminal del socialismo argentino. Justo, y con él, el incipiente Partido Socialista, percibía a Buenos Aires como la totalidad del país, un “vestíbulo y máscara” de Europa.

Esta perspectiva les impidió comprender la vasta y compleja realidad nacional, relegando al viejo criollaje a una categoría de ser **incapaz de marchar por sí solo** hacia un tipo social superior, una expresión de un curioso racismo en un teórico socialista de un país semicolonial. Incluso llegó a comparar

la resistencia de los gauchos con la reacción de obreros que destruían máquinas, demostrando su profunda incompreensión de las luchas populares históricas argentinas.

Su **defensa acérrima del librecambio** era otra manifestación de esta ceguera. Abogaba por la libre importación y exportación, sin advertir que, en un país semicolonial como la Argentina, esto significaba **renunciar a la industrialización propia, condenarse de antemano al papel de colonia agrícola de las metrópolis tecnificadas**.

Consideraba que la ganadería y la agricultura eran las “bases del bienestar y del adelanto económico del país”, una tesis que calca la de los sectores oligárquicos y la prensa conservadora, y que ignoraba cómo el **capitalismo imperialista perpetuaba el atraso productivo** al estrangular el desarrollo industrial local.

Para Justo, la lucha de clases se conceptualizaba de una manera tan abstracta que **oponía “la nación enemiga” (la propia burguesía nacional) al proletariado, equiparando al explotador nacional con el imperialista extranjero**. Esta visión, según Spilimbergo, se reveló como una entrega práctica al imperialismo, bajo el disfraz ‘de izquierda’ de la lucha contra la burguesía.

Su **hostilidad a la intervención estatal** en la economía, bajo el pretexto de preferir la gestión privada hasta que el Estado estuviera en manos del pueblo trabajador (una condición que él mismo consideraba remota), en la práctica, **favorecía la penetración del capital extranjero** y el “laissez faire” imperialista.

por Justo. Esto llevó a **expulsiones del ala nacional** (como Manuel Ugarte y Alfredo Palacios) del partido socialista por su antiimperialismo y su intento de vincular el socialismo a la causa nacional y latinoamericana.

Spilimbergo extiende esta crítica a **comunistas y trotskistas cipayos** argentinos, que bajo la fraseología de la lucha “antiburguesa”, terminaron **neutralizando la lucha antiimperialista** al equiparar a la burguesía nacional (como el yrigoyenismo y peronismo) con el imperialismo. Esta equiparación llevaba a negar la vitalidad de los movimientos nacionales-democráticos que, aunque con limitaciones, buscaban la autodeterminación frente al imperialismo.

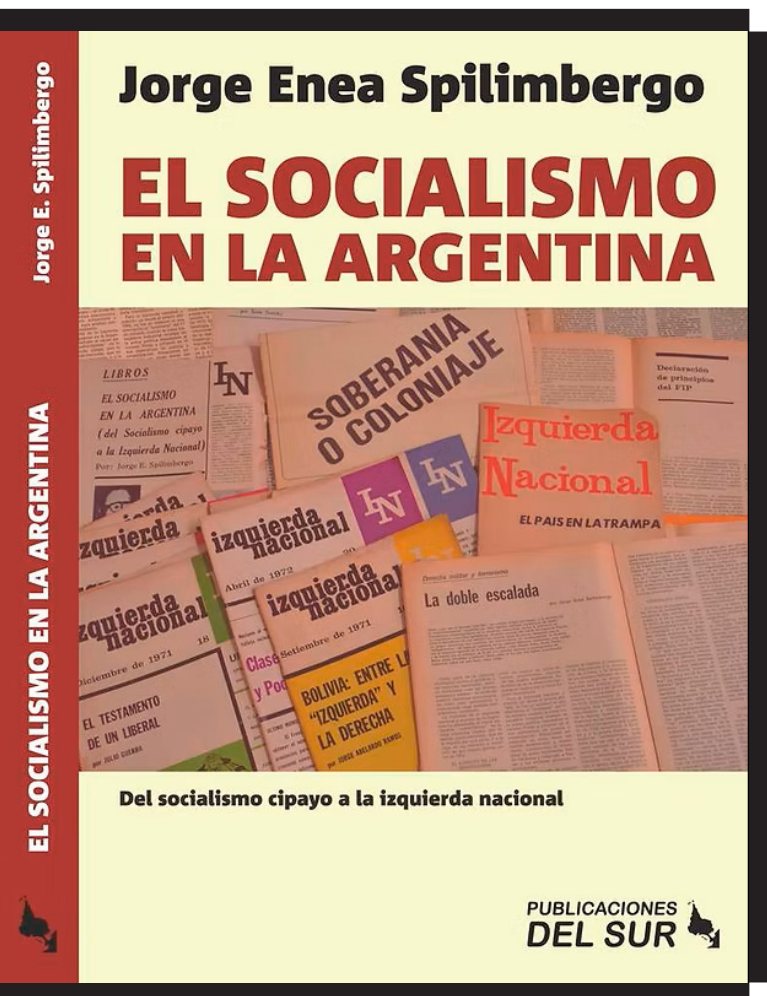
La concepción de Spilimbergo es una anticrítica a la tergiversación del marxismo por la pseudo-izquierda argentina, con el fin de **echar las bases de una real política revolucionaria**. Subraya que el socialismo argentino debe superar la **dialéctica de la escisión** y el fracaso y aislamiento que lo separaron de las masas. La clave es combinar las grandes banderas históricas del pueblo argentino (el yrigoyenismo, el 17 de Octubre, el peronismo) con una **perspectiva consecuentemente revolucionaria**.

Enfatiza Spili que el **marxismo en Latinoamérica será nacional**, asumiendo las banderas de la **liberación antiimperialista y la unidad bolivariana** como un momento dialéctico de la marcha del proletariado hacia el poder. **La contradicción fundamental en las sociedades dependientes es la existencia de un opresor extranjero, y la lucha de clases interna debe subordinarse estratégicamente a esta contradicción.**

El **socialismo revolucionario** debe formar parte **indisoluble de los movimientos de liberación nacional**. Finalmente, Spilimbergo advierte sobre los **peligros de un partido centrista** que carece de definiciones claras y del **verbalismo revolucionario de la pequeña burguesía** que, por su desarraigo y apego a esquemas abstractos, se aísla de la realidad viva del movimiento obrero.

El gran revolucionario insta a la juventud socialista a recobrar la autenticidad, a comprender que el movimiento obrero peronista es una fuerza central e irreversible, y a **superar el mal complejo de ajenidad y de culpa** que les impide asumir su propia bandera histórica y enfrentar a los verdaderos enemigos de la revolución. Solo así, al reconocer y asimilar la **tradición viva de las masas obreras**, podrá el socialismo argentino convertirse en la **expresión consciente** de un movimiento histórico que busca su autodeterminación nacional y social.

Con la recuperación de las ideas de uno de sus libros más importantes, a 21 años de su partida, queremos recordar el legado inmarcesible de uno de los grandes del socialismo latinoamericano.



Spilimbergo argumenta que la **influencia ideológica imperialista** se ejerce a través de agentes cipayos coloniales que importan ideas como mercancías. El **chauvinismo europeo de la Segunda Internacional**, que pactaba con sus burguesías metropolitanas a expensas de las colonias, fue un claro ejemplo de esto, y Justo, lamentablemente, fue su resonancia en Argentina.

El máximo exponente de la Izquierda Nacional, denuncia el **mito del antiimperialismo justista**, señalando que, a pesar de algunas denuncias superficiales, sus premisas siempre tendían a corroborar los fundamentos de la explotación imperialista. Incluso sus ideas sobre la Primera Guerra Mundial, que atribuía a la protección aduanera alemana en lugar de a los antagonismos imperialistas, revelan esta distorsión trágica.

Las **rectificaciones de Marx y Engels** respecto a la cuestión nacional y colonial, que reconocían cómo el saqueo colonial corrompía a la clase obrera metropolitana e impedía la politización independiente del proletariado en las colonias, fueron ignoradas

GAZA Y LA DERROTA DEL MOVIMIENTO NACIONAL ÁRABE

por Nestor Gorojovsky

La magnitud de la masacre que está perpetrando el gobierno israelí de Benjamín Netanyahu en la franja de Gaza llevó ya a que funcionarios de las propias Naciones Unidas la califiquen como un genocidio, lo que no impide que, bajo el manto protector de los Estados Unidos, continúe ante la mirada horrorizada del mundo entero.

En este hecho se resume la contradicción fundamental de nuestro tiempo: el sistema imperialista mundial, que encuentra su punto de máxima agudización en el Levante mediterráneo, está en una crisis de la que no puede salir, pero las fuerzas que deberían ponerle freno y derrotarlo aún no han madurado, se encuentran dispersas y las únicas instituciones multilaterales disponibles, nacidas en 1945 con los EEUU como única potencia hegemónica planetaria, son inútiles para ponerle algún límite.

La tragedia del pueblo palestino es el exponente más dramático del drama de la nación árabe, que no sólo no pudo superar la balcanización de origen colonial -como esperaba, a mediados del siglo XX, el líder egipcio Gamal Abdel Nasser- sino que además está ahora subdividida por formaciones político-confesionales vinculadas al centro imperialista que se financian en las monarquías y emiratos petroleros del Golfo Pérsico.

El Estado de Israel, por su parte, acentuó desde la Guerra de los Seis Días la raíz colonialista que presidió su creación.

El programa sionista del siglo XIX procuraba concentrar a los judíos de Europa centro oriental en algún territorio -no necesariamente en Oriente Medio- que les fuera propio, para salvarlos de las persecuciones de que eran objeto. Para ello sus dirigentes buscaron el apoyo de distintos Estados imperialistas, y cuando obtuvieron el del Reino Unido quedó sellado el destino de enclave (o portaviones) occidental en Palestina.

La mayoría de los primeros dirigentes sionistas creía, con mayor o menor ingenuidad, que la colonización en Palestina no tendría oposición de la



población residente (el sionista laborista David Ben Gurión estuvo convencido hasta la rebelión antibritánica de los árabes de 1929 de que, siendo éstos tan “semitas” como los judíos, más temprano que tarde se encontrarían vías de aproximación entre ambas comunidades bajo el manto civilizador del Reino Unido).

Pero con el correr del tiempo fue la fracción minoritaria de Zeev Yabotinski, fundador del ala derecha del sionismo, la que terminó prevaleciendo. Yabotinski entendió el carácter colonialista del asentamiento judío en Palestina, sacó todas las consecuencias del caso, y predicó la guerra permanente contra los árabes. Su continuador Menajem Beguin y hoy Benjamín Netanyahu alcanzaron el control del Estado poco tiempo después de la Guerra de los Seis Días y desde entonces, salvo breves lapsos, nunca más lo abandonaron.

Esa guerra permanente le viene a Netanyahu como anillo al dedo, por lo demás. Con múltiples causas judiciales por corrupción en su contra, sólo los fueros que le otorga su carácter de primer ministro lo mantienen fuera de la prisión. El apoyo de Estados Unidos, que Israel tiene garantizado incluso contra la opinión de muchos grupos de judíos norteamericanos (e incluso, aunque parezca mentira, de israelíes), consolida de esta manera una política de expansión permanente sobre el territorio palestino que no tendrá fin mientras el Estado de Israel no repudie la Ley del Retorno que lo liga a los judíos de todo el mundo (especialmente de la alta burguesía judía de Estados Unidos) y se normalice en un Medio Oriente profundamente transformado por un resurgir del movimiento nacional árabe.



● **EL VERTICALISMO Y LA RECONSTRUCCIÓN
DEL MOVIMIENTO NACIONAL**
por Aurelio Argañaraz

En una nota¹, hace catorce años, abordando el tema de la conducción vertical del movimiento nacional, distinguí lo que ocurría con Perón vivo de lo que ocurría tras su muerte. Los lectores verán que dije entonces que Perón “era” el programa nacional. Esa afirmación suena caprichosa, casi como expresión de “culto a la personalidad”, pero en realidad se funda en hechos históricos. En primer lugar, el General fue fiel, hasta el fin de su vida, al nacionalismo económico con justicia social, con el Estado Nacional en un rol central, como único empresario comprometido a fondo con el interés general. Debía alentarse al capital nacional, pero no ignorar su mezquindad, su ambivalencia insalvable y estupidez estratégica². Corroborando esa firmeza, fundada en la experiencia, exiliado y sin el poder estatal, mientras maniobraba para contener unidas sus fuerzas, rechazó la inclinación “alvearista” de algunos fieles, propensos a “integrar” el peronismo al orden. No obstante, sin condenar expresamente las ilusiones de un ala “izquierda”, el General desdeñó la sugerencia de exiliarse en Cuba, mucho antes de conformarse Montoneros; enalteció a Mao, pero eligió quedarse en España, sin definir afinidades con la “patria socialista”. Era un patriota; un gran estadista nacional burgués, no un lector electoralista de encuestas, como la mayoría de los epígonos que hoy lo invocan. Quiso construir un capitalismo nacional, con eje en el Estado, con el apoyo y en beneficio del pueblo argentino. En segundo lugar, se reconocía como el artífice de una construcción de poder creada con el despliegue de ideas y medidas nacional-populares, en feroz lucha con la oligarquía y el imperialismo. Estas fuerzas retrógradas quisieron impedir el triunfo de sus planes y fueron vencidos el 17 de Octubre por la clase trabajadora, amparada por el sector nacional del Ejército; alianza rota en 1955, fue el pilar de sus primeros gobiernos. Sólo omitiendo esa conjunción de datos, un lector atento juzgará extraña la afirmación que hicimos en el momento aquel.

Ahora bien, precisemos más este punto fundamental: Perón era el programa nacional, pero no como pretendían Hernández Arregui y otras figuras de “la izquierda peronista”, el programa de los trabajadores. La clase obrera puede (debe, si quiere liderar el frente nacional) presentar al país su programa nacional, entendido como una síntesis

de las demandas compartidas por el conjunto de las clases del frente nacional, incluidos los sectores nacionales del empresariado. Pero no cabe, en ese programa, una sacralización del derecho de propiedad, sino solamente el respeto a quienes acepten contribuir al desarrollo autocentrado de las fuerzas productivas, demostrándolo al aportar a la capitalización del país, con la obvia diferencia que esto significa respecto al parasitismo oligárquico hoy prevaleciente, de una oligarquía que no reinvierte en la economía real y destina sus beneficios al consumo suntuario y las actividades especulativas. Esa actitud contiene la divisoria de aguas básica, entre nación y colonia, en el plano estructural: si se elude la tarea de ampliar la producción y diversificar la economía, incrementando su productividad y agregado de valor, la patria es sólo una exhibición inocua de “los valores tradicionales”. Aunque formulara la noción de que el capital debe cumplir una función social, el peronismo clásico no condicionó el respeto al derecho de propiedad a que eso tuviera una expresión práctica (y la única verdad es la realidad). Eso define la naturaleza social del programa que levantó. Dicho de otro modo, si hubiese triunfado el capitalismo nacional que Perón impulsaba –lo que habría sido un enorme salto en la historia de la Argentina– la oligarquía tradicional habría cedido su vieja condición de clase dominante al empresariado industrial, como ocurre en los grandes países centrales, que coronaron con éxito su revolución burguesa. De ningún modo el plan del peronismo buscaba hacer de la clase obrera la clase rectora de la vida nacional, sino otorgarle un nivel de ingresos acorde con el estándar del “estado de bienestar”, sostenido en los pilares del desarrollo autónomo y una mayor productividad del trabajo. Para la crítica racional, que rechaza mitificar en ningún sentido la experiencia real, explicitar estas cosas implica caracterizar el programa de Perón como expresión cabal de lo nacional-popular, de ningún modo como una tentativa de plasmar el programa histórico-universal de la clase obrera. La única fuerza que hace suyo dicho programa, en la Argentina, aunque no haya logrado una penetración efectiva en el mundo obrero, es la Izquierda Nacional y se nutre en las nociones de un marxismo bolivariano.

Como veremos, estas no son cuestiones ajenas a nuestro tema puntual. La conducción vertical, lejos de responder a un mero “autoritarismo”, es



rio
A.P.I. la
su potencia.
le oro, y alcanzará

en verdad una necesidad del liderazgo burgués del campo nacional, que no tolera –aunque algunos peronistas hablen de “empoderar a las bases”, mientras les impiden participar en la toma de decisiones– el eventual protagonismo de la clase obrera y necesita impedir un debate orgánico sobre los problemas relativos a la lucha por liberarnos del yugo extranjero y sus nexos con la emancipación de las clases oprimidas. Este empobrecimiento de la vida interna que se manifiesta en la fuerza fundada por Perón, que llevaron a Cooke a definir el peronismo como “gigante invertebrado” –sin articulación de cuadros y conducciones– adquiere en la actualidad una gravedad extrema, que amenaza con destruir su misma existencia.

Pero, además, si, como creemos, esos límites burgueses fueron determinantes para que las clases antinacionales preservaran íntegramente su poder económico y derribaran al peronismo en 1955, las diferencias con lo que definimos como una potencial hegemonía obrera en el movimiento nacional se tornan claras ante el cotejo histórico. La revolución nacional encarnada por el peronismo es contemporánea de la victoria de Mao, con una diferencia de muy pocos años. Pero la revolución china, ante el derecho de propiedad actuó del modo que estamos planteando y las clases parasitarias fueron despojadas del poder económico, lo cual implica su derrota definitiva ¿Necesita el lector que señalemos las derivaciones que una y otra conducta tuvieron sobre el destino de ambos países, que coinciden en provenir del mundo semicolonial?



Un poco de historia

Siendo ya presidente, pasadas las elecciones de 1946, Perón disuelve los partidos que lo hicieron candidato, para destruir ante todo al Partido Laborista, cuya dirigencia sindical aspiraba a ser un protagonista del ciclo abierto y preservar un rol independiente y activo para el movimiento obrero y la clase trabajadora, en lugar de ser, como ocurriría más tarde, una representación del líder ante las bases. El General crea, tras aquella medida, el fantasmal Partido Único de la Revolución, que luego sustituye por el Partido Peronista. Señalado como el mero “instrumento electoral”, este último carecía de vida interna: estará intervenido en todas las provincias durante los diez años del gobierno peronista y sigue las órdenes del “Comando Superior”, un eufemismo que disfraza el liderazgo absoluto, incondicional y presuntamente infalible del mismo Perón. Al frente del Partido hay interventores, en cada provincia; así lo mantiene durante diez años, bajo una norma que prohíbe el debate y la diferenciación de opiniones –se sostiene que su doctrina hace del peronismo una fuerza “monolítica”– hasta su caída, en 1955⁴. Simultáneamente, liquida en la CGT la anterior autonomía y el sindi-

calismo designa en su conducción a dirigentes electos por el mismo Perón⁵; para ser, se ha dicho, representantes suyos ante la clase obrera, no a la inversa. Con toda razón, ya que en ambos casos se suprime el debate y hasta las directivas menores bajan desde el mentado “Consejo Superior”, Jorge Abelardo Ramos dice que “la política de Perón, en relación con su movimiento, consistió en impedir su organización⁶”.

Como fruto del proceso, el General se erige en líder bonapartista del frente nacional; se relaciona sin intermediarios con las masas populares, a las que aparta del poder, para darles un rol de apoyo pasivo. Delegan en el César el manejo de su destino. No se trata, como ha pretendido cierto formalismo democrático, de una malignidad. Es un modo de concentrar, en una persona, las fuerzas atomizadas del movimiento de masas, con un doble propósito: 1) imponerse al imperialismo y sus socios nativos, que buscan derrotar al poder nacional; 2) arbitrar en las disputas internas del peronismo –un frente de clases nacionales– e impedir que las masas tengan autonomía y puedan cuestionar los límites de clase del nacionalismo burgués, cuyo objetivo es ganar espacio en el mercado interno al capital extranjero, pero sin lesionar el derecho de propiedad, pilar intocable del orden capitalista⁷.

Las raíces sociales, no psicológicas, de la actitud de Perón, mal que le pese al que intenta transferir las categorías del psicoanálisis al área de lo político, se confirman al advertir la extensión del fenómeno de los “liderazgos personalistas” a muchos países del mundo periférico, aunque esta última condición no excluya la existencia de jefes semejantes en el mundo central, como sería el caso de Churchill o De Gaulle, sin olvidar al Bonaparte examinado por Marx. En el caso de los países del capitalismo central, sin embargo, dicho cesarismo carece de progresividad y se apoya en clases sociales reaccionarias, con fines imperialistas, lo que demuestra –no está de más recordarlo– la inversión que sufren los postulados y la práctica al emerger de realidades de signo opuesto. El bonapartismo, en el mundo semicolonial, que busca liberar sus fuerzas productivas, es la forma que asume el nacionalismo burgués, limitado, pero antiimperialista. En el mundo “avanzado”, en los centros imperialistas, busca agrupar a las masas con el fin perpetuar la explotación colonial, pujando por el reparto de las semicolonias con los imperialismos rivales.

Ahora bien, si Perón “era” el programa nacional y esto aseguraba el rumbo de su política, como muestran los hechos, **eso no implica que la conducción vertical fuese inocua**, desde el punto de vista de la salud y solidez del frente nacional. Perón mismo lo expresa, aunque intente darle

una justificación, cuando señala que está “rodeado de alcahuetes y adulones”⁸. En primer lugar, cabe señalar que Perón optó deliberadamente por sumar a tipos como Apold y Mendé, entre muchos chupamedias de dudosa fidelidad, mientras apartaba del gobierno a grandes patriotas, brillantes y honestos, como Scalabrini Ortiz y Jauretche. Rodeado de figuras de esa talla, de materializarse, hubiese fortalecido la construcción de poder, al potenciar la lucha ideológica y política contra la oposición y la influencia oligárquica, cuyo poder cultural permaneció incólume, en contraste con las transformaciones de la Argentina real. La notable anomalía –su significado, aún hoy, es tema tabú dentro del peronismo– es una consecuencia del verticalismo impuesto, pero no la única y probablemente la peor de ellas. El mayor daño, a nuestro juicio, es haber empobrecido la cultura interna de su fuerza política y, consecuentemente, la lucha de ideas contra el campo enemigo, que supone decir la capacidad del movimiento de captar a sectores indecisos, en lugar de entregarlos a la influencia imperialista. Nadie, entre los patriotas, desertó cuando había que poner el pecho, antes y después de 1955. Tampoco pretendían disputarle el liderazgo del movimiento a Perón, síntesis consagrada de Octubre del 45, que era inapelable.

La situación resultante fue descripta sumariamente como sigue, con las miras puestas en el clima que precedió al golpe de 1955: “Cuando realmente fue preciso luchar y lanzar a la batalla a miles de oradores políticos, armados de una ideología consistente, para derrotar a la oposición que alzaba la cabeza en todas partes, Perón se encontró indefenso y más solo que nunca”⁹. Importa subrayar que no se trataba de un “error” de Perón, sino de un fenómeno que excede su persona y remite a la cuestión de los límites sociales del nacionalismo burgués, según hemos intentado demostrar. No alteraría esta conclusión encontrar “pruebas” en la personalidad de Perón, o sugiriendo que utilizaba una visión militar de “la cadena de mandos” u más singularidades del plano personal, si atendemos al hecho de que la historia integra lo personal y lo social, subsumiendo lo secundario a lo que es sustancial.

● Algunas observaciones sobre la conducción vertical en la gestión kirchnerista

Hace quince años, con el kirchnerismo en plenitud, creo que mi crítica de la conducción vertical fue vista como “teoría”, por esos que presumen de ser “realistas”. En realidad, anticipábamos un problema que hoy padece la militancia nacional-popular responsable, afligida por el presente y futuro del peronismo. Pero, seamos justos con nuestra propia obra, la prueba de que no errábamos al advertir una crisis próxima del campo nacional, derivada de los problemas relacionados con el modo vertical de conducción (en el caso, de CFK), apareció menos de un año después¹⁰, al estallar el conflicto entre el gobierno nacional y la CGT de Hugo Moyano¹¹, punto de partida de una fatal reducción de las bases del kirchnerismo, que se rebeló trágica en las elecciones presidenciales del 2015¹². Como



si fuese poco, la lucha por sostener el poder absoluto de CFK en el seno del peronismo fue, más tarde, la causa central de la interna a cielo abierto librada contra el gobierno de Alberto Fernández, desacreditándolo hasta el extremo de allanar el camino al triunfo de Milei¹³, cuya crítica del peronismo encontró en los fans de CFK una base de apoyo imposible de subestimar. Estamos en el presente, ya: el verticalismo en que se empeña la ex presidente es el obstáculo mayor, en la lucha por reconstruir las fuerzas populares y poner término al ciclo de derrotas posteriores al triunfo en los comicios presidenciales del 2011. Con la excepción del círculo de los fans de Cristina, que medran bajo su mando, nadie hoy ignora “el rol del dedo” y la necesidad de enfrentarlo con la toda urgencia. Apuntemos, no obstante, que esa cuestión emerge como central, pero en modo alguno es la única valla que debe salvarse, en estas circunstancias. Es también imprescindible rearmar doctrinariamente al campo nacional, un objetivo que requiere un debate serio, en el marco de una democratización interna real. Pero ambas cuestiones están unidas, ya que la pugna por perpetuar una conducción muy cuestionada está acompañada por una cancelación del debate de ideas y de cualquier observación crítica de “la jefa”.



El valor estratégico de una democratización interna

Hasta aquí la crítica se apoya en lo fáctico, con énfasis en los datos de la pérdida de las mayorías, una experiencia fatal en los últimos años. Pero, debe advertirse que la conducción vertical genera debilidades estructurales permanentes que son inevitables, sin abolirla. Para facilitar la exposición, empecemos por decir que la conducción vertical establece el derecho del jefe a la elección de quienes detentan cargos, electivos o no, en el Estado. Con lo cual se estimula la fidelidad al líder, que adquiere más peso que obtener fama y apoyo propio en las bases reales y potenciales del movimiento. La “selección del personal”, en esta lógica, no está vinculada a la fidelidad a principios, con el espíritu crítico asociado a esa virtud, sino a la docilidad, sin excluir la disposición al “culto de la personalidad” del dueño del destino de cada aspirante. Perón hizo pública más de una anécdota ilustrativa al respecto,

además de quejarse de los “alcahuetes y obsecuentes” de que estaba rodeado. Pero omitía decir que él era quien elegía a todos sus colaboradores, con nula tolerancia con aquél que pudiera cuestionar algo, aunque pudiera hacerlo con sana intención.

Debe evitarse la “moralización” del tema, para atender al hecho, que puede verificarse, por el examen de la experiencia y por la reflexión teórica, de que la conducción vertical, como modo de gestionar los conflictos propios del frente policlásista –todo movimiento de liberación nacional articula a clases y fuerzas que comparten un programa, pero no pueden suprimir sus antagonismos internos– es inferior a otras formas organizativas, al infantilizar a la militancia, sustituir a los cuadros por correveidiles anómicos y obstruir los canales que vinculan el debate con la toma de decisiones, transformando al

primero en un ejercicio huero, de escaso valor para la instancia que define **qué se hace**¹⁴. En ese contexto, los intelectuales del peronismo son apenas un decorado, contemplativos de una práctica que otros sostienen. La “lógica” no escrita del liderazgo vertical –el “gigante invertebrado” de Cooke tapa su desnudez con clases alusivas al valor de “organizarse”– cuya debilidad se hace trágica en momentos de crisis, particularmente en las batallas contra el enemigo oligárquico y, tras la muerte de Perón, cuando se desata la pugna por el liderazgo del movimiento, es, contradictoriamente, algo impersonal, ya que se impone incluso al conductor, incapaz de rechazar la verticalidad como sistema y de impulsar la formación de una conducción colectiva, sometida a las reglas del mandato pactado, con la ratificación o revocabilidad periódica que lo acota, en el marco de un abierto debate de ideas.



La militancia, el arribismo y la ampliación de las bases del movimiento popular

Si el lugar logrado en el seno del movimiento y en el Estado no depende del ascendiente que se gano en las bases del mismo y en la sociedad, sino de la decisión de un líder arbitral, que reserva para sí la tarea de pensar y resolverlo todo: ¿para qué esforzarse en desarrollar la capacidad de análisis, ser reconocido por la propia valía y construir una base de sostén propia, sumarla a las bases del movimiento, lograr que el mismo sea más extenso y gane en solidez, cuantitativa y cualitativamente? En las cúspides de la estructura vertical, en realidad, este tipo de perfil es más bien rechazado, sospechoso de insubordinación, salvo que sea alguien profesionalmente capacitado que se abstiene en la política general, como el caso de Ramón Carrillo, el gran ministro de Perón, consagrado exclusivamente a la Salud Pública, interlocutor valorado por el General, sin ninguna injerencia en los dilemas políticos que ocupaban al líder¹⁵.

Esta es la razón por la cual el líder termina rodeado de “chupamedias y alcahuetes”, que, como toda esa especie, son potenciales traidores al campo nacional. Pero, si se pretende en cambio construir o reconstruir una fuerza política, lo que implica sumar a patriotas y militantes a una causa que reconozca los méritos ganados, la conducción vertical atenta contra el propósito, por obvias razones. Las señalamos en la nota ya mencionada: “Si el General Perón les hubiese planteado a los líderes sindicales en 1944 que de allí en más habría de imponerles una *conducción vertical* el peronismo no hubiera llegado a ser”. Eso no implica ignorar el papel jugado por la política de la famosa Secretaría de Trabajo y Previsión. Pero, sin la expectativa de ser protagonistas del movimiento que contribuían a gestar, los líderes obreros no se hubieran empeñado en la tarea de hacer del Partido Laborista una fuerza poderosa, clave en el triunfo electoral

del 46. Ellos, como Perón, pese a la ruptura del vínculo inicial con Reyes y Gay alimentaron más tarde el respaldo al avance de aquellos años felices y, caído el gobierno en 1955, la militancia sindical, base central de la Resistencia Peronista, supo vincular la acción reivindicativa y la lucha política del peronismo proscripto, que los trabajadores vivían como una unidad, prácticamente inescindible.

De alguna manera, la acción obrera asociaba naturalmente sus reivindicaciones con las banderas del 17 de Octubre, punto de partida de la consolidación de un nuevo estatuto social para la clase trabajadora, que incluía la elevación del nivel de vida y la jerarquización de su status social. En este marco, ya exiliado Perón, el movimiento obrero preservaba el reconocimiento de “la columna vertebral”, con un rol protagónico en las estructuras del peronismo, sólo subordinado al liderazgo del General.



● El peronismo posterior a la derrota ante Alfonsín

La “rama política”, después del Proceso y la derrota del peronismo a manos de Alfonsín, se empeñó en alterar esa situación, para transformar a los trabajadores y el movimiento obrero en un sostén carente de toda injerencia en los mandos del movimiento, sin las prerrogativas que les otorgaba Perón en su seno, con un tercio de las candidaturas y un importante rol en la estructura estatal, con un poder absoluto en la esfera del Trabajo.

Entre otras calamidades, el menemismo afianzó esa degradación del rol de los sindicatos en el poder estatal y los mandos del peronismo, mientras imponía por decreto el nivel salarial, ignorando el derecho a negociar salarios y condiciones de trabajo. Anulaba así la función reivindicativa sindical, en un marco de destrucción de la industria nacional y el empleo. Por esa razón, estimulado además por señales políticas, con el gobierno de Néstor Kirchner se produce un renacimiento del activismo obrero y, como respuesta al cambio general de situación, una joven generación obrera se entusiasma con retomar la lucha y reinstalar a los trabajadores en el papel de protagonistas que le había reconocido el peronismo clásico. A los efectos del examen en el que estamos empeñados, ese fugaz momento apuntaba a restaurar los vínculos vivos del aparato justicialista con las grandes masas, algo que, antes de que adquirieran su peso actual los “movimientos sociales”, dependía ante todo del activo sindical, principal operador entre la jefatura y las masas.

La maduración de ese proceso, como es sabido (o debería serlo), se frustró al estallar el conflicto entre Cristina Kirchner y la CGT, liderada entonces por Hugo Moyano. El origen de esa ruptura, punto de partida de la posterior pérdida de las mayorías electorales por parte del kirchnerismo, haciendo abstracción de los desatinos recíprocos que se vieron posteriormente, no puede juzgarse sino como tentativa de desplazar el eje de apoyo del gobierno desde la clase obrera hacia las franjas progresistas de la pequeña burguesía, lo que implicaba ignorar el significado mismo de la expresión de Perón, respecto al papel de “columna vertebral” del movimiento sindical y los trabajadores peronistas. Aquél que rechaza esta afirmación debería recordar que, además de apartar del poder a Moyano, la gestión de Cristina impuso a los asalariados el Impuesto a las Ganancias y abundaron las declaraciones que lesionaban el vínculo, preparando el terreno para que fracciones obreras abandonaran al kirchnerismo en las fatales elecciones del 2015.

● Algunas conclusiones, ante la tragedia actual

La primera y fundamental es la siguiente: la tarea de “enamorar nuevamente” al pueblo argentino y particularmente a los trabajadores, tan cacareada como objetivo, **excluye la pretensión de disciplinarlos tras una dirigencia que ha perdido el rumbo.** La crisis de la representación, explicitada por las manifestaciones del 2001, nunca se superó y es hoy más grave que nunca. De allí la victoria de Milei en las urnas y la persistencia de sus bases de apoyo político, que subsisten pese a la hambruna y el caos generados por su gestión apátrida, quizás la peor de la historia argentina.

El peronismo sufre una crisis extrema con pronóstico reservado. No sobrevivirá al drama nacional salvo que logre definir un programa, actual pero fiel a su origen antioligárquico. Pero ese propósito no se alcanzará sin superar la ausencia de un clima interno propenso al debate y dispuesto a enfrentar la decadencia nacional con el sólido patriotismo que siempre exigen las grandes empresas. Si su dirigencia actual –los que no han claudicado lisa y llanamente– no se decide a generar un amplio debate sobre los problemas del país, democratizar el movimiento y liberar a la Argentina, la militancia popular debe asumir la tarea, desechar a los “alvearistas” y a todos los sectarios y transformar al país de una buena vez.

● Notas

¹ *La conducción vertical, después de Perón*, Diario Comercio y Justicia, 25 de febrero de 2011. Se encuentra, hoy, en aurelioarganaraz.com/politica-argentina/la-conduccion-vertical-despues-de-peron/

² El General Perón nunca sufrió la tentación de “superar” las derrotas asumiendo propuestas del enemigo oligárquico. Después de su muerte, la “renovación peronista”, con Menem y Cafiero como exponentes de su dirigencia, no sabían cómo “parecerse” a Alfonsín, que los había derrotado. Hoy, CKF tal vez mareada ante la popularidad de Milei, hace confusos planteos sobre una vaga “reforma laboral”, para no dejar en manos de Milei y Macri esta “bandera” del pútrido stablism vendepatria de la Argentina y hace algo similar con el asunto también popularizado del “equilibrio fiscal”, limitándose a denunciar que Milei lo ha logrado en base a “la crueldad”; lo que suena bien, electoralmente, pero no esclarece el tema en cuestión.

³ En una conferencia dictada en la Uncaus, CFK contó que hablando con Xi Jinping, en un encuentro, ella le señaló que en los primeros años de la década del 50, mientras China sufría hambrunas la Argentina fabricaba aviones a reacción ¿No se le ocurrió que había una reflexión sobre la diversidad del destino que tuvieron más tarde ambos países? Es una pena que omitiera decirnos por qué motivos el país de Mao se elevó a la altura de las sociedades avanzadas y nosotros sobrellevamos una lamentable seguidilla de frustraciones.

⁴ Desde el exilio, el nombramiento de “delegados” sustituye a los interventores, sin modificar el sistema, aunque las circunstancias imponen el nacimiento de tendencias, bajo el arbitraje de Perón.

⁵ Juan Carlos Torre, La caída de Luis Gay, revista Todo es Historia, N° 89, octubre de 1974.

⁶ Jorge Abelardo Ramos, Revolución y Contrarrevolución en la Argentina, Tomo V, pág. 201, Plus Ultra, 1972. El lector inscripto en el pensamiento nacional debe esforzarse para entender las contradicciones entre esa práctica y la doctrina de Perón, según la cual "sólo la organización vence al tiempo". Esa cuestión es vista por la intelectualidad gorila como una perversión, con lo cual se omite explicar sus orígenes, como eludir el examen de liderazgos oligárquicos. Se trata, para ellos, de denigrar lo nacional, sin explicar nada. ¿Qué interés podrían tener en reflexionar sobre las contradicciones propias del nacionalismo burgués en las semicolonias y su necesidad de licuar el poder potencial de una clase obrera dispuesta a protagonizar la política nacional?

⁷ En el mundo semicolonial, con un desarrollo muy desigual y desintegrado del sistema productivo, no es viable la supresión lisa y llana de la propiedad privada de los medios de producción y los mecanismos del mercado que asocian el incremento de la productividad del trabajo con el interés de los productores y un consumidor dotado de márgenes de elección. El propósito de desarrollar las fuerzas productivas, como lo prueba el modelo adoptado por China, es generar modos de colaboración y competencia entre la empresa pública y el capital privado, bajo un firme control estatal. Pero ese dato, que podría calmar al empresario nacional, que obtiene ventajas con la independencia económica, no logra vencer sus prejuicios de clase, que lo llevan a solidarizarse con el capital extranjero y le imponen conductas inestables y contradictorias con sus intereses generales. Consecuentemente, ese modelo debe serle impuesto, como hizo China, luego de vencer al "nacionalismo" burgués.

⁸ Decir que "los buenos son poquitos" merece un aplazo, si se recuerda que se alejaba a patriotas insignes, de honradez probada, mientras se acudía a chupamedias y arribistas, que, como es obvio, serán traidores, cuando les convenga serlo. Galasso, Norberto, Perón, formación, ascenso y caída (1893-1955), Tomo I, La burocratización, pág. 609 en adelante, Editorial Colihue, 2011.

⁹ Ramos, Jorge A., Revolución y contrarrevolución en la Argentina, Tomo V, La era del bonapartismo, pág. 208. Plus Ultra, 1972.

¹⁰ Fecha de publicación de *La conducción vertical* consta en nota 1.

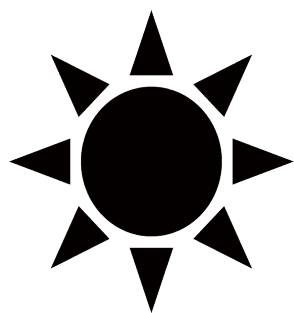
¹¹ *El conflicto gobierno-CGT y el rol político de la clase obrera*, 25 de diciembre de 2012. Se encuentra, hoy en aurelioarganaraz.com/politica-argentina/el-conflicto-gobierno-cgt-y-el-rol-politico-de-la-clase-obrera-2/

¹² Cabe recordar que el conflicto se origina en la reivindicación por la CGT del derecho de los trabajadores a participar de las ganancias de las grandes empresas y del discurso de Hugo Moyano que legitimaba la aspiración de que un obrero pudiera ser presidente de la república. Es difícil encontrar una **prueba fáctica** más elocuente de los límites del nacionalismo burgués, que arriesga el respaldo obrero con tal de no "ofender" al poder económico; en otros términos, de su disposición a desertar de la defensa de lo nacional cuando se ponen en cuestión sus intereses de clase. Por otra parte, transformando la pelea con la CGT en una agresión a la clase obrera, el gobierno sostuvo, con obcecación, el Impuesto a las Ganancias al salario de los trabajadores. Ese verdadero disparate político le permitió a Macri buscar el voto de franjas obreras, en su campaña presidencial, prometiendo derogar el odiado impuesto. Correlativamente, Scioli se vio obligado a callar sobre el punto, para no cuestionar la política de "la jefa", cediendo esa bandera.

¹³ La tarea de Milei y el conjunto de la oposición se redujo a la tarea de presentar al gobierno de Alberto Fernández, desacreditado *in toto* por "los propios", como sinónimo de "peronismo" y/o "kirchnerismo".

¹⁴ El arbitraje bonapartista, para no ceder la facultad de arbitrar y el poder que deriva de esa facultad, en lugar exigir que los sectores antagónicos que coinciden en sostener una política nacional (el empresariado nacional y la CGT, es el ejemplo más importante) reconozcan los límites que la realidad impone, para dar base a una política de concesiones mutuas, opta por pendular entre ambas fuerzas, sin satisfacer a nadie.

¹⁵ El distanciamiento entre Carrillo y Perón surgió justamente de las prevenciones que el ministro planteó observaciones relativas al conflicto con la Iglesia, en 1954, cuyo contenido preciso se desconoce, aunque sabemos de las torpezas tácticas cometidas durante el mismo, que facilitaron la tarea del bando enemigo. De todos modos, cuando la solidez del colaborador puede opacar al líder, la selección del mismo corre el riesgo de priorizar al peor. Esto podría explicar el enigma de por qué teniendo entre sus partidarios a Aldo Ferrer, uno de los grandes economistas argentinos, Kirchner lo envió de embajador a Francia, mientras le cedía el ministerio de economía a una figura tan destañada como Lousteau, una elección fatal al momento de enfrentar el problema agrario.



PATRIA Y PUEBLO

SOCIALISTAS DE LA IZQUIERDA NACIONAL

Santiago del Estero - Córdoba - Santa Fe - Tierra del Fuego - Buenos Aires

